

Sobre Ser Sobrevivientes: una introducción a una pedagogía del encierro

Julián Vargas-Hernández¹⁶

Para los seres humanos, la responsabilidad de cuidar, guiar, comprender y prever; nunca ha parecido una tarea sencilla. Tener la habilidad de escarbar el pasado, abrazar el presente y proponer soluciones a futuros probables, se ha considerado por otros a lo largo de los siglos como magia, profecía y ciencia ficción, lo que es lo mismo a ser mamá, papá, maestros y súper humanos.

El oficio de la pedagogía —el acto de ir detrás del pupilo, permaneciendo en alerta ante todas las posibles opciones que pudiese tomar el estudiante— desarrolló en las madres, padres y maestros, habilidades súper humanas: tener ojos en la espalda, evolucionar el súper escudo contra la decepción, la habilidad de restablecerse ante los problemas, crear soluciones con los mínimos recursos y el don de un corazón generoso y de fuerza inagotable que se regene-

¹⁶ Maestro en Artes Visuales. juvarher@gmail.com

ra a voluntad ante los actos egoístas y odiosos de los demás. Las habilidades súper humanas de encarnar cuidadores, planeadores y hasta adivinos en un solo cuerpo, los hizo perfectos para encarnar el rol de educadores. Encapsulados en cuerpos humanos, llegaron a esta tierra con necesidades y defectos, débiles a los rayos del sol, con pulmones frágiles a la tiza y el alcohol de los marcadores de tablero, con psique quebradiza por la contradicción permanente entre gobierno, familias y contexto social, de los que con el tiempo serían sus hijos y estudiantes; y para completar su situación, encerrados en un lugar que los hace débiles, llamado planeta tierra.

En la historia de estos educadores súper humanos, de tanto lidiar con la contradicción humana, terminaron asimilando como verdad el poder controlar el mundo en el que habitamos. Al punto de que los humanos nos creímos el cuento que hacer edificios o ponerles a ranchos el título de escuela era garantizar el acceso a la educación para todos y todas. ¡Vaya ilusión! Gracias a la experimentación, la humanidad descubrió tecnologías que le hicieron la vida más fácil, y a los súper humanos su labor más sencilla. Pero, con la aparición de la tecnología, todos nos sumimos en la ficción de que todo se podía arreglar, y que al fin llegábamos a la culminación de nuestros problemas.

Poco a poco, los súper humanos olvidaron sus súper poderes y empezaron a usar libros de texto, video tutoriales, softwares, entornos virtuales, videocámaras y micrófonos, realidades

aumentadas; para asegurar que con eso estaban educando, al fin habían llegado a la gloria, asumiendo con orgullo que su tarea estaba hecha, y de ser padres y madres, pedagogos y pedagogas nunca más se habló, terminando suspendidos en un sueño profundo.

Un día llegó un virus, uno de esos espantosos, uno que obliga a recluirnos en nuestros cuerpos, limitando nuestra ilusión de movilidad, obligándonos a despertar del sueño profundo y pinchar los globos de la ilusión del control, uno que nos puso a decidir entre el desarrollo del capital económico o el desarrollo del capital humano. Difícil elección. Un virus que dismanteló las escuelas y a los sistemas ilusorios de control, llevándonos a la difícil tarea de aceptar la realidad: siempre hemos sido los sobrevivientes planetarios. Pero, basta de ficción, la realidad es compleja, importante y urgente. Aunque se debería decir las realidades, porque lo que se vive en el planeta tierra desde finales del año 2019, es la evidencia de que estamos interconectados, que habitamos un solo planeta que está llegando al borde de la saturación de nuestra permanencia irresponsable como humanos y presuntos seres inteligentes.

El deber histórico de la pedagogía es cuidar, guiar, comprender y prever futuros. Antiguamente, con harapos y en situación de esclavitud; hoy, con otras máscaras, pero en la misma situación. Los pedagogos somos responsables del futuro de una humanidad entera, pero respondemos muchas veces a intereses políticos, económicos y sociales, la mayoría de ellos egoístas, que opacan las voces de alerta cuando no son convenientes o que malogran

las ideas, al entender el quehacer de la pedagogía como instrumento empresarial o individual, o bien reduciéndolo a repetir prácticas culturales. Hoy, podemos entendernos como sobrevivientes, no somos los primeros en hacerlo, pero nos sumamos a la larga lista de la humanidad de personas que han sobrevivido al hambre, a la abundancia, a la pobreza, a la riqueza ineficiente, al orgullo, a la falta de amor propio, al aburrimiento, a la obsesión de ser productivos, al distanciamiento social, a la interacción social excesiva y, en especial, a la guerra. En retrospectiva, no somos nada diferente a los sobrevivientes que ya han habitado este planeta y que, con lo poco que les queda, reúnen fuerzas para tratar de continuar viviendo.

En un planeta en el que estamos encerrados, este momento de urgencia nos da la oportunidad única de comprender como especie humana, que en la vida hay propósitos más grandes que nosotros mismos, que distan de la ficción del crecimiento económico del capital; de entender nuestros cuerpos y mentes como máquinas productivas que no merecen vivir, si no hacen algo útil por el sistema económico y social; que evidencia la crisis de nuestro tiempo, el vacío de nuestras vidas. Creemos que con esta situación hemos descubierto el fuego, cuando en realidad el fuego siempre ha estado en nuestras narices y lleva milenios incendiando nuestras cabezas. Lo que nos lleva a aceptar varias realidades, vivimos en hacinamiento, con los campos abandonados; suplicamos a estados y privados por un sustento monetario, cuando perfectamente podríamos estar cultivando la tierra; buscamos contacto

social, cuando muchos no han podido vivir en paz con sus parejas, hermanos, familiares y pueblos; cuando hacemos lo mismo que siempre: repetir la historia.

En nuestras vidas existe un vacío entendido como la sensación de no tener propósito, ese hormigueo en el estómago, que nos lleva a comprender lo grande que es este universo y lo efímero que es nuestra vida, lo que hemos tratado de ocultar con parafernalias tecnológicas, dinero, poder y sexo, sin tener suerte. Un vacío permanente que, en estos tiempos de encierro, nos expone a nuestro mayor rival, nosotros mismos. Y que tratamos de vencer con modas para evitar afrontar que ni con todo lo vasto de este universo vamos a satisfacer, que es nuestro deseo de tener más. Pero, en lugar de extraerlo de nosotros mismos, deberíamos aceptar que somos nosotros quienes en nuestra estrategia buscamos, con negación y evasión, posponer la legitimidad de asumir que estamos a la deriva, que nuestra economía personal y familiar está atada al día a día, y que vivimos nuestras relaciones sociales en una cuerda floja llena de egoísmo, zozobra e incertidumbre, a causa de la cobardía ancestral de arrogarnos a las consecuencias de decidir ser nosotros mismos.

Con la llegada de la pandemia, en el primer trimestre del 2020, los gobiernos tomaron la decisión de mantenernos en cuarentena y, con cada día más en la cuenta del aislamiento, nos enfrentamos a la posibilidad de seguir encerrados físicamente o exponernos al desasosiego de salir a conseguir el diario, a riesgo de contagiarse o contagiar a los seres queridos,

quedándonos la única opción de tomar nuestro rol de sobrevivientes al encierro de nosotros mismos. Empezamos a comprender la dimensión del trabajo de un educador, cuando notamos que era el día a día del cuidado, atención y responsabilidad de nuestros, abuelos, hijos y sobrinos; y debimos enfrentar la agónica tarea de ser responsables de alguien más, además de nosotros, y con ello la crisis de la vacuidad latiendo en nuestro interior. La tarea se convirtió en un desafío ante lo desesperanzador que pueda ser un futuro distinto al que esperamos y fuera de nuestro control; y, en especial, al nivel de consciencia que precisa ser pedagogo.

En tiempos como estos, mantener la esperanza se hace agotador, más si se necesita volver a la realidad de antes, para librarse de la presión de ser consciente del cuidado o, aún más, si se vierte la expectativa de que el sistema económico va a cambiar o que nosotros, como especie, al fin prioricemos la vida humana sobre los intereses empresariales o individuales. Lo que nos deja la experiencia como sobrevivientes es el desafío de aprender a tener expectativas a corto plazo y abrazar el hoy, como si no hubiese un mañana. Ahora bien, nos enfrentamos a ser los mismos sobrevivientes del día a día, que, con o sin anestesia, cura o comida, seguiremos en el mismo escenario de vacío existencial, que el encierro evidenció para muchos y que a otros hizo surgir. Un vacío que se materializa en una ansiedad con la que tendremos que aprender a vivir, a cuenta de nuestra terquedad de entender que mantener la vida como la teníamos es el peor error que podamos cometer. ¡Necesitamos cambiar!

Con las medidas de contención, nuestras ciudades pararon y debimos convivir con nuestro silencio, sin dilaciones empezamos a convivir con nuestras ansiedades: postraumáticas, obsesivas o sociales; que con lo días han empezado a carcomernos. Este es el momento en el que debemos restaurar los súper poderes de las madres, padres, pedagogos y pedagogas. Ante estas circunstancias, la introducción a una pedagogía del encierro empezaría con abrazar los súper poderes de una madre, un padre, un pedagogo y una pedagoga: adaptarse a los diferentes contextos para poder lograr su objetivo de enseñar a aprender, mostrar día tras día la mejor versión de sí mismos, inspirar amor y confianza en medio de la incertidumbre, al punto de encontrar que éxito y fracaso son exactamente lo mismo; a encontrar en el problema una oportunidad para conocernos a nosotros mismos y dar de lo que aprendemos con generosidad.

Estamos sumergidos en contextos históricos, sociales, filosóficos y académicos limitantes, en donde debemos comprender que la escuela está en nosotros, no en edificios ni salas virtuales de clase. No estamos en una situación que queríamos ni la escogimos, somos sobrevivientes: nos toca vivirlas, dotarlas de sentido y sacar lo mejor de ellas, el vacío solo se va a llenar cuando dotamos la escuela, nuestra propia vida, de experiencias dirigidas a comprender que habitamos un mundo más grande que el dinero, la tecnología, las redes sociales y las pantallas; que existe la tierra, el agua, los seres vivos, que estamos hoy aquí conectados a través de las palabras y las ideas.